

LIBROS



• Andrés Manuel López Obrador

• **La mafia que se adueñó de México... y el 2012**

> ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

• **Nadie acabará con los libros**

> UMBERTO ECO
> JEAN-CLAUDE CARRIÈRE

• **Metamorfosis de la lectura**

> ROMÁN GUBERN

• **Teignmouth Electron**

> TACITA DEAN

• **Piedra infernal**

> MALCOLM LOWRY

• **Posada / Mito y mitote / La caricatura política de José Guadalupe Posada y Manuel Alfonso Manilla**

> RAFAEL BARAJAS DURÁN (EL FISGÓN)

• **Se llaman nebulosas**

> MARICELA GUERRERO

• **Historia de la ciencia en México**

> RUY PÉREZ TAMAYO (COORD.)

• **De cómo no fui el hombre de la década y otras decepciones**

> LUIS IGNACIO HELGUERA

POLÍTICA

El futuro en el pasado



Andrés Manuel López Obrador
La mafia que se adueñó de México... y el 2012
México, Grijalbo, 2010, 214 pp.

El 20 de noviembre de 2006, en medio de un Zócalo atiborrado, sobre un enorme templo, Andrés Manuel López Obrador fue investido como “Presidente Legítimo” de México. Dos meses antes, el 16 de septiembre, a mano alzada, sus seguidores “votaron” rechazar el gobierno “usurpador” de Felipe Calderón y reconocer a López Obrador como su “presidente”. Ni una sola mención de estos hechos ni de este cargo aparece en el nuevo libro de López Obrador, tal vez porque esa farsa desembocó en un rotundo fracaso. Nadie recuerda hoy la “presidencia legítima” ni a sus doce secretarios-apóstoles (entre ellos gente supuestamente razonable, como Elena Poniatowska y José María Pérez Gay), ni el mismo López Obrador hace nada por recordarlo, lo que es natural, ya que de nuevo está en campaña en pos de la presidencia. ¿Entonces de nada sirvió su investidura? No exageremos:

servió para recaudar una suma desconocida de fondos (que él maneja con total opacidad y a discreción) y con ellos recorrer varias veces la totalidad del país, imprimir mensualmente –con un tiraje de cinco millones de ejemplares– el periódico *Regeneración*, integrar bases de apoyo en cada uno de los municipios de México y promover su figura y su discurso con la mirada fija en el 2012. De hecho, este libro forma parte de su estrategia para hacerse con el poder. En él hace un dramático diagnóstico del país, explica el origen de nuestros problemas y expone la forma en que salvará a México, para “lograr la dicha del pueblo y el renacimiento de la nación”. Vamos por partes.

La nueva “crisis de México”

En 1947 Daniel Cosío Villegas publicó “La crisis de México”, un devastador análisis sobre la postración económica y moral en que estaba sumido el país. Para Cosío, el origen de esa situación se encontraba en la traición que los sucesivos gobiernos posrevolucionarios habían hecho a los postulados de la Revolución mexicana. Para López Obrador, la nueva crisis de México se origina a

partir de que los gobiernos priistas de corte neoliberal toman el poder en 1982 y deciden seguir los dictados de “un grupo internacional de potentados, que se sienten dueños del planeta”, cuyo perverso fin era “dominar a los estados nacionales y apoderarse de los recursos naturales y de los bienes de la inmensa mayoría de los seres humanos”. Los gobiernos panistas, según el político tabasqueño, retomaron esa filosofía política y ahondaron la crisis.

Más allá de esta paranoica visión conspirativa, algunos de los datos que aporta López Obrador son devastadores. De 1982 a 2009 el producto per cápita ha crecido apenas un 0.6% anual. En 2009, según una medición que hizo el Banco Mundial, ocupamos el lugar 143 de 152 países en crecimiento económico, por debajo de Haití. Somos el país que más expulsa mano de obra del mundo, debido a la falta de apoyos e inversión en el campo. Se ha dejado a su suerte a los pequeños y medianos empresarios, que padecen una casi total ausencia de créditos y la desleal competencia de grandes monopolios, a los que el gobierno ha concedido de facto nichos protegidos. La CFE, el IMSS y Pemex están técnicamente quebrados. El 70% de los mexicanos ganan menos de 2,680 pesos mensuales. El 10% de las viviendas del país carecen de drenaje. Casi la mitad de los municipios mexicanos han perdido población a causa de la mi-

gración. El alarmante desempleo solo es aliviado por el comercio informal, que ya domina la mitad de la economía nacional. De 1982 a 2009 se pasó de 32 a 60 millones de pobres. La cobertura de salud es muy deficiente y el estado de la educación, deplorable. Desde el punto de vista de López Obrador hemos llegado a tal situación debido a que las grandes empresas no pagan impuestos (dato que el presidente Calderón pareció avalar cuando en octubre de 2009 dijo que “las empresas que más ganan, rara vez, muy rara vez, pagan impuestos”), a la absoluta corrupción gubernamental y al excesivo tamaño y costo del gobierno.

El origen del Mal

Heredero de una tradición cristiana que ve en el dinero y la riqueza la fuente de toda corrupción y todo el Mal, López Obrador señala a los grandes empresarios como los causantes de todas las desgracias nacionales. Su visión, maniquea, reduccionista y falsa, llega a extremos de caricatura. El pueblo en todos los casos es bueno, noble, trabajador, puro. Mientras que los empresarios son unos pillos, unos vándalos, unos saqueadores sin principios, cuya única motivación es la codicia desmedida. Con tal de acumular riquezas han conducido al pueblo de México al sufrimiento. Si en México hay inseguridad y el crimen organizado ha desatado la violencia, los empresarios tienen la culpa por no invertir. Si el estado de la educación pública deja mucho que desear, es culpa de los empresarios, que han propiciado esa situación para suprimir la movilidad social. Si el campo padece falta de inversión es porque los empresarios prefieren que México importe los alimentos que consume. Todos los males del país tienen su origen en los grandes empresarios. Ellos son los dueños de México. El presidente, su empleado. Pero su poder no para en el dominio que tienen sobre el Ejecutivo. Ellos dominan a los partidos, a los legisladores, a la Suprema Corte de Justicia, a todas las instituciones (incluido el IFE), a todos los medios de comunicación (menos a *La Jornada*, “ese gran periódico”).

Los grandes empresarios han formado una mafia que tiene secuestrado al país, México en realidad no es una república, sino una dictadura encubierta...

Para probar lo anterior, López Obrador acude a *Forbes*, revista en cuyo índice de multimillonarios solo aparecía un mexicano en 1988 y 24 en 1994. Luego de acceder al poder de modo fraudulento, aduce López Obrador, Carlos Salinas de Gortari, amparándose en pretextos neoliberales, cedió a un grupo de empresarios casi la totalidad de los recursos naturales de la nación y las más reutilizables empresas del Estado (olvidando de paso mencionar que esas empresas eran en ese momento deficitarias...). Lo hizo a cambio de que apoyaran su dominio transexenal. Pero algo salió mal. Sin que López Obrador explique cómo y por qué pasó, el gran manipulador, Salinas, tuvo que salir de México durante el periodo de Ernesto Zedillo, aunque volvió a reaparecer en el sexenio de Vicente Fox. Salinas reagrupó a la clase empresarial y conspiró para impedir que López Obrador llegara a la presidencia. Todos los empresarios lo obedecen, por amistad o por miedo, dice López Obrador.

Lo cierto es que los elementos que aporta López Obrador para justificar su análisis son muy endeble; en varios casos rayan en lo ridículo. Según la visión conspiratoria de López Obrador, Salinas entregó las riquezas nacionales a un reducido número de empresarios y ellos son los dueños reales del país. Afirmar López Obrador: yo los conozco a todos ellos y sé cómo piensan. Y acto seguido comienza a referir anécdotas y datos de algunos de estos malignos conspiradores. De Slim dice que es “bastante sencillo”, que “es sensible”, que “no usa trajes especiales”, que una vez lloró en su oficina al recordar a Pepe Iturriaga, que con él la relación ha sido “honesto y transparente”, más aún, comenta que no tiene “evidencias de que Slim actúe bajo las órdenes de Salinas”. De Ricardo Salinas Pliego dice que es un hombre respetuoso “en el marco de las limitaciones que le imponen sus convicciones e intereses”. De Alberto Bai-

llères afirma que aunque es “una gente amable”, “tiene mucha fascinación por el dinero”. De Emilio Azcárraga dice que lanzó en 2006 a su televisora en su contra (pero no menciona que transmitió diariamente durante muchos meses las conferencias mañaneras que daba como jefe de Gobierno de la ciudad de México). De estas anécdotas, deshilvanadas, sin apoyo de ninguna evidencia, sin soporte documental alguno, y cuyo eje es la posición que adoptaron ante su campaña en el 2006, desprende López Obrador una vasta conspiración, los hilos perversos de una mafia que todo lo controla. Entes malignos, los empresarios, dominados por el mero afán de lucro, tienen como único objetivo someter y causar sufrimiento al pueblo de México, que es noble y bueno.

El pasado en el futuro

Si es preocupante la ingenuidad con la que López Obrador fundamenta el origen de la crisis actual que padece el país, más inquietante resulta su visión del futuro. El capítulo en el que plantea las salidas para México incluye una reveladora crónica-reportaje del viaje que realizó por los 418 municipios indígenas, de usos y costumbres, de Oaxaca. Ahí encontró un pueblo que se ha resistido a los embates de la modernidad, que conserva sus tierras, sus costumbres, sus leyes, su idioma, su cultura. Un pueblo “alejado de la ambición, de la codicia y del odio”. Un pueblo, en suma, no manchado por el individualismo y la sed de oro que trajeron consigo los conquistadores. No le interesa a López Obrador explicar por qué, pese a ese conjunto de atributos positivos, esos municipios son los más atrasados y los más pobres del país. O mejor dicho, la única explicación que da me parece insuficiente: por falta de apoyo del gobierno. Y es que solo el gobierno puede solucionar los males de México. Un gobierno, claro, impoluto, honesto, con ideales. ¿Cómo se puede enderezar la economía? Poniéndola bajo la tutela del gobierno. ¿Y la educación, la salud? Del mismo modo. ¿Y la moral? También. Un buen gobierno puede arreglarlo

todo. El gobierno debe proveer a todos. Un gobierno asistencialista, paternalista, infinitamente bienhechor. Pero no un gobierno de “izquierda”, sino uno que base sus principios en “los valores del México profundo”. El futuro de México está en el reencuentro con su pasado.

En campaña

Desde 2007 López Obrador se ha dedicado a recorrer el país. Ha visitado en dos ocasiones todos los municipios de México y está a punto de comenzar su tercer recorrido. Desde 2007 vive en campaña permanente en busca de la presidencia de México, en busca del poder. Intuye que ha perdido irremediablemente el apoyo de los empresarios y de las clases medias. Su base de apoyo es ese 70% de la población que gana menos de dos salarios mínimos. Para esa base ha fabricado un discurso efectista, en extremo simplificador. Según ese discurso, el mal de México tiene nombre, se llama modernidad, se llama individualismo, se llama codicia. López Obrador trata de imponer una visión: el México anterior a la Conquista no padeció esos males. El México prehispánico, el México profundo, es una especie de Arcadia perdida. La Edad de Oro existió antes de la llegada de los españoles y puede volver a existir luego de que el pueblo bueno recupere lo que es suyo, sus recursos naturales y sus empresas. El pasado fue glorioso y el futuro lo será, siempre y cuando logremos salir del actual purgatorio en el que los mexicanos vivimos secuestrados por “la mafia que se apoderó de México”.

Este discurso simplificador, que López Obrador ha venido repitiendo miles de veces a lo largo y ancho del país, basa su poder de seducción y su eficacia en la identificación del Mal con un grupo (los ricos), pero sobre todo con una especie de supremo ser infernal: Salinas es Satán. México necesita que alguien lo rescate de la postración, alguien que sea ajeno al engaño, a la corrupción, al afán de lucro. Alguien con ideales. La misión (porque más que una campaña se trata de una misión) no resultará sencilla, ya que los viles han diseñado

“toda una estrategia de comunicación perversa, basada en el manejo de lo más sensible e irracional del cerebro humano”, pero el bien prevalecerá, se hará finalmente la luz. Y entonces, solo entonces, México renacerá y podremos todos decir: gracias, Padre, Salvador nuestro, que nos libraste del Mal. —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

DEBATE

Los futuros del libro



Umberto Eco y Jean-Claude Carrière
Nadie acabará con los libros
coord. y pról. Jean-Philippe de Tonnac,
fotos André Kertész,
trad. Helena Lozano Miralles, México,
Lumen, 2010, 263 pp.



Román Gubern
Metamorfosis de la lectura
Barcelona,
Anagrama, 2010,
138 pp.

Se puede empezar de este modo: describiendo la casa de retiro de Umberto Eco en Montecerignone. O se puede empezar de este otro: describiendo la casa parisina de Jean-Claude Carrière. En la primera: una biblioteca de cuarenta o cincuenta mil volúmenes, treinta incunables y una extravagante colección de libros sobre el “saber oculto”. En la segunda: un acervo un poco más pequeño, otro puñado de incunables, un fondo sobre el surrealismo y tres o cuatro mil volúmenes sobre los mitos de fundación de diversas naciones y religiones.

Se puede seguir por acá: con la conversación que ambos—semiólogo y guionista—mantuvieron en uno y otro sitio y que ahora ha sido recogida en un volumen de título profético—*Nadie acabará con los libros*. ¿Decir que el tema de la charla fueron los libros—sobre todo, su destino en el futuro digital—y que la conclusión a la que arribaron Eco (Alessandria, 1932) y Carrière (Colombières-sur-Orb, 1931) es que el libro tal como lo conocemos

hoy—impreso en papel y a manera de código—soportará la digitalización del mundo y persistirá como el vehículo primordial del conocimiento? Tal vez tampoco sea necesario detenerse demasiado tiempo en sus argumentos porque son, a fin de cuentas, los que todos empleamos cuando queremos defender la primacía del libro impreso—es pequeño, es portátil, no necesita cables ni pilas, puede prestarse y regalarse, dura más que los cambiantes soportes digitales. Para decirlo con palabras de Eco: es un invento insuperable, como la cuchara, el martillo y las tijeras.

Hasta aquí todo bien y disfrutable. Pero de verdad: ¿el libro necesita una defensa así de combativa? ¿Es cierto—como piensan Carrière y Eco—que se encuentra amenazado y sitiado y en guerra contra internet y el libro electrónico y otros soportes digitales? A estas alturas, la actitud de Eco y de Carrière parece asustadiza y un poco histérica—cosa que sorprende en un pensador como Eco, que ha denunciado con lucidez a los intelectuales apocalípticos, y en un hombre como Carrière, que ha gastado su vida escribiendo historias (*Bella de día*, *El discreto encanto de la burguesía*) no para los libros sino para las pantallas. Por una parte, ya va quedando claro que el proceso de digitalización del mundo avanza desde hace décadas y es imparable y no necesariamente lesivo. Por la otra, ya va dándose por descontado que el libro impreso—los millones que existen en las bibliotecas públicas y privadas, los millones que están y seguirán siendo publicados—sobrevivirá y convivirá con los medios digitales, así como departieron, durante cuatro siglos, el rollo y el código. El asunto, comienza a ser obvio, no es si el libro persistirá sino de qué modo lo hará ahora que ha sido descentrado y que su hegemonía, en la cadena de transmisión del conocimiento, está siendo disputada por nuevas tecnologías. En este caso tampoco parece haber motivos para aterrarse: en sus más de cinco siglos de existencia el libro ha visto emerger otros medios—los periódicos, los semanarios, el radio, el cine, la televisión—y se ha adaptado y transformado sus tareas y

redefinido su misión. ¿Por qué no habría de ocurrir esta vez lo mismo?

Más razonable, bastante menos alarmista, fue la ponencia que Román Gubern ofreció el pasado otoño en la ciudad de México, dentro del congreso “El mundo del libro”, y que ahora amplía en *Metamorfosis de la lectura*. Es difícil imaginar un ensayo más panorámico que este: empieza por el principio, el momento en que se separan el linaje de los chimpancés y el de los humanos, y concluye en el presente, con diez breves reflexiones sobre el *e-book*. Entre un punto y otro Gubern (Barcelona, 1934) traza –nada más– una historia general de la escritura y sus soportes. ¿Que si esta historia luce tersa y estable? Por el contrario: es toda agitación y desplazamiento. Cambian los materiales en que se escribe: tablillas de arcilla, papiro, pergamino, papel. Cambian las maneras en que se despliegan estos materiales: en rollos o atados a uno de los bordes laterales. Cambian las técnicas de impresión: la tinta de los manuscritos, los tipos móviles inventados en China, la imprenta de Gutenberg, la mecanización de la imprenta durante la revolución industrial. Cambia el libro impreso: de pastas duras o rústico, regular o de bolsillo.

La irrupción de las tecnologías digitales es otro capítulo, no el desenlace, de esta historia. Se mentiría si se dijera que estas nuevas máquinas para leer y escribir son absolutamente novedosas e inesperadas –a veces es más bien lo contrario: el *e-mail* revitaliza el intercambio epistolar, Twitter populariza el aforismo y el *e-book* vuelve al soporte duro de las tabillas y en ocasiones se despliega verticalmente, de arriba abajo, como los rollos. Se mentiría, también, si se afirmara que estos medios se oponen radicalmente al libro impreso y que solo ellos o el libro han de prevalecer después de una extendida lucha darwiniana. La relación entre el libro impreso y las nuevas tecnologías es, por supuesto y por fortuna, bastante más compleja. Como supo ver Derrida, desde 1997, en su conferencia “El libro por venir”: los medios digitales a veces contradicen al libro, a veces lo continúan y hasta extreman.

Puede terminarse aquí: Se oye decir con frecuencia –y Eco y Carrière lo repiten en su charla– que las escrituras digitales carecen de rigor intelectual y literario, que fomentan el amateurismo, que esparcen información válida y errada, que desbordan los circuitos intelectuales establecidos, que desdeñan los criterios con que antes distinguíamos la buena y la mala escritura, que vulgarizan viejos géneros literarios, que estallan y proliferan y se desvanecen y que no hay manera de controlarlas o ya siquiera de darles seguimiento. Bien, ¿y qué? Críticas similares se formulaban contra el libro impreso cuando este apenas despuntaba –y ya había quienes juraban que nunca contaminarían su colección de manuscritos con un volumen salido de la imprenta. El libro impreso, a veces se olvida, no era el fetiche que ahora adoramos sino un instrumento subversivo opuesto a la restringida circulación de los manuscritos y a las castas que los elaboraban y leían e interpretaban. Era, sencillamente, una envoltura que hacía viajar más rápido y más lejos las ideas. Debería quedar claro, entonces, que si fijamos y sacralizamos el libro traicionamos su sentido libertario. ¿Queda clara, de paso, esta paradoja?: internet y las tecnologías digitales se oponen al libro-fetiche a la vez que prometen realizar de una vez por todas, con su velocidad y su potencia, el sueño-libro. Qué más. –

– RAFAEL LEMUS

SUI GÉNERIS

El problema que todo hombre debe resolver



Tacita Dean
*Teignmouth
Electron*
trad. José I.
Rodríguez M.,
México, Alias,
2010, 104 pp.

Siempre me han atraído los libros escritos por artistas. Suelen ser sugestivos y concentrados, a veces iluminadores, otras desconcertantes, y aun-

que muchos alcancen cierta soltura, una insospechada libertad en la frase y en las asociaciones, suele haber en ellos tensión, vigilancias, búsqueda, esa fricción entre las palabras que genera electricidad en la página. Podrán estar plagados de defectos, pero poseen fuerza. A veces los prefiero a los aciertos de los escritores, demasiado seguros de su oficio, de los efectos que deben producir. Los artistas, en cambio, no acometen un texto con entera confianza; tantean, desplazan el punto de vista, se revuelven inquietos. Parece que quieren darlo todo, y así sus libros se cargan de esa dedicación y esa gracia –también de las limitaciones– de muchos grandes primeros libros.

Apenas si tenía idea de la existencia de Tacita Dean; vagamente la recordaba como parte de los Young British Artists, aunque no estaba seguro, y pese a que la portada no da lugar a dudas, confieso que en primera instancia me pregunté si el autor no sería más bien Teignmouth Electron. Lo hojeé un poco, y al percatarme de que era el número 11 de la colección Alias (de la que ya antes había leído los libros de Jimmie Durham, Robert Smithson y John Cage), decidí llevármelo. Eso es lo que consiguen los buenos proyectos editoriales: que uno quiera leer lo que proponen, aun cuando no se conozca al autor ni el título nos diga gran cosa; los otros libros de la serie preparan y en cierta manera avalan la apuesta, hacen que se vea bajo otra luz, como las cuentas de un collar sutil, como si formaran parte de una biblioteca secreta que se va descubriendo a cuentagotas, hasta que uno de golpe está allí, de pie en la librería, tentado de leer un libro precisamente porque *no* conoce al autor y el título le resulta un enigma.

Aunque el pequeño volumen incluye fotografías de la artista, postales de época y unos cuantos dibujos, no se trata de un libro de arte en el sentido tradicional, mucho menos de un libro-objeto o un catálogo; es más bien el recuento de la implicación personal con una aventura extraña, desesperada, al borde de la locura, en la que un hombre que quería dar la vuelta al mundo en barco termina por desaparecer en el océano. La historia

puede contarse en dos minutos y plantear dudas que persisten toda una vida: a fines de los años sesenta, un sujeto de nombre Donald Crowhurst, sin gran experiencia en el mar, decide competir en una carrera para convertirse en el primero en circunnavegar el mundo sin escalas. Su viaje y su embarcación, el Teignmouth Electron, que han sido patrocinados por un pequeño pueblo inglés en busca de publicidad, no tardan en transformarse en una cadena de calamidades, engaños y desvaríos que desembocan en tragedia. La carrera, que debía ser de velocidad y resistencia, se vuelve una aventura de la soledad, donde un hombre se juega la cordura en los desiertos del mar, donde al cabo sucumbe. Nadie entiende muy bien por qué un aficionado arriesgó tanto si estaba condenado a fracasar; es posible que en una época no globalizada y sin comunicaciones satelitales pretendiera hacer trampa y, orillado por las circunstancias, sintiera que no le quedaba otra salida que arrojarse al agua; pero hay muchos indicios de que desde el comienzo había en todo ello un juego retorcido con el sinsentido, y que, sin importar los escollos de la locura y la cercanía del suicidio, él estaba decidido a afrontar por sí mismo, como dejó escrito en su bitácora de a bordo, “el problema que todo hombre debe resolver por sí solo”.

Tacita Dean, intrigada por los detalles de esta historia, por lo que refleja de la fragilidad humana cuando se enfrenta a la inmensidad, realizó una investigación que más que describir y documentar los hechos puntualmente (hay cientos de artículos, documentales y libros que lo han intentado), tiene como cometido explorar el gesto, la desmesura de lanzarse al vacío; entender esa aventura imposible –lo que tiene de absurdo o de fanfarronada– no tanto desde el punto de vista analítico o histórico, sino por lo que comporta en cuanto ejemplo de poesía trágica.

Durante sus viajes al puerto en el que se construyó y luego zarpó el Teignmouth Electron, y también a la isla de Gran Caimán, destino final de la embarcación, Tacita Dean tiene presentes otros casos semejantes al de Crowhurst, casos

en que la travesía no llega a buen puerto y un hombre, abandonado a sí mismo, ha de lidiar con la falta de referentes, con lo desconocido, pero sobre todo con el sentimiento de desolación y el quiebre de su propia mente. Casos como el de Antoine de Saint-Exupéry, que se perdió en el desierto tras un accidente aéreo (experiencia que daría origen a *El principito*), y que más tarde desaparecería en el aire mientras piloteaba un avión; o como el del artista conceptual Bas Jan Ader, que quiso cruzar el Atlántico solo, en un diminuto velero, como parte de una pieza dividida en tres –*En busca de lo milagroso*– y nunca se le vio más; ejemplos que la autora va desplegando delicadamente, como si hubiera algo allí que no se reduce al mero azar; como si en la reiteración de ese destino asombroso latiera una verdad sobre la condición humana. Son ejemplos en que un hombre no sabe cómo continuar, su peregrinaje lo ha alejado de todo –no otro era su propósito–, pero ahora se encuentra irremediablemente perdido, hace ya mucho tiempo que cruzó el punto de no retorno. (El libro se abre, por cierto, con “Odisea espacial”, aquella canción de David Bowie en la que el Mayor Tom, un astronauta en problemas, acaba flotando en el espacio sideral, viajando a lo largo de miles de kilómetros mientras él se siente inmóvil.)

Más que la elucidación de un misterio, más que un argumento que quiere demostrar esto o aquello, Tacita Dean se planteó rondar ese misterio, hurgar en su estela todavía viva, prestar oídos a sus reverberaciones. Este es un libro que, a diferencia de lo que haría pensar su halo un tanto detectivesco, avanza por contigüidad, a través de resonancias y ecos, como si lo que le importara fuera seguir una pista paralela, un rastro de analogías. Gracias al mosaico, al contraste y la afinidad con otras aventuras de desaparición, lo que al principio parecía un despropósito, tal vez un elaborado suicidio, se va revelando como una constante humana, un apetito de libertad y pureza, un ansia de no sé qué que conduce a travesías poco comunes en las que el sentido común se tirará por la borda. Sin saber si estarían

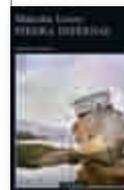
incluidos o no en el libro, conforme iba leyendo pensé en Arthur Cravan, poeta y boxeador que se anticipó al dadaísmo y cuyo final fue tan extravagante como su vida: un día se embarcó desde algún puerto de México (probablemente Salina Cruz) y nunca más se le volvió a ver; y desde luego en Palinuro, aquel piloto de la nave de Eneas que cae al mar poco antes de llegar a su destino vencido por el sueño (aun cuando nunca confió en el “gran monstruo líquido”), y que según Cyril Connolly simboliza la resistencia a llegar, esa suerte de repudio ante la idea del éxito.

Viajes que no llegan a nada –que quizá desde un principio no pretendían llegar; que surgieron tal vez sin la esperanza de concluir– y son la encarnación disparatada de un deseo. Proyectos que obsesionan y parecen no tener pies ni cabeza, pero que son muy difíciles de abandonar, pues está de por medio en ellos “el problema que todo hombre debe resolver por sí solo”. Aventuras sin sentido en las que ha escarbado una artista visual dotada para el arte de la sugerencia –una artista capaz de bordar muy fino en los límites de lo aparentemente fortuito–, situándolas una al lado de la otra con gran sentido estético. Cinco o seis escotillas que dialogan entre sí en voz muy baja, abiertas hacia el mar de la fragilidad humana y su desmesura. –

– LUIGI AMARA

NOVELA

Voluntad y destino



Malcolm Lowry
Piedra infernal
trad. Juan de Sola
Llovet, Barcelona,
Tusquets, 2009,
128 pp.

La segunda esposa de Malcolm Lowry, la abnegada Margerie Bonner, publicó *Piedra infernal* (*Lunar caustic*, en el original) en *The Paris Review* en 1963. Lowry, que originalmente había concebido este texto como un

cuento, nunca lo dio por concluido a pesar de haber trabajado en él durante años. Según sus planes, *Lunar caustic* integraría el “purgatorio” de su soñado e inconcluso proyecto “El viaje interminable”, en el que *Bajo el volcán* ocuparía el infierno. Seis años después de su prematura muerte ocurrida en 1957, Margerie publica el texto advirtiendo que se trata de “un trabajo principalmente de ensamblaje, una aproximación al método y a los propósitos de Lowry [...] No añadimos una sola línea”. Y concluye: “Malcolm, no cabe duda, lo habría reescrito todo, pero ¿quién iba a poder hacerlo como él?” Posteriormente, en un acto de audacia editorial, Jonathan Cape publica el cuento como novela en 1968. R.E. Lorente lo traduce al español en 1970, y ahora la editorial Tusquets rescata esta breve y mítica obra maestra con la traducción de Juan de Sola.

Como todos los protagonistas de la obra narrativa de Lowry, Bill Plantagenet, la figura principal de *Piedra infernal*, se encuentra al filo de su propio abismo. Es un dipsómano pianista de jazz que ha llegado de Inglaterra al puerto de Nueva York. Ignoramos casi todo de su pasado, incluso él mismo acarrea enormes lagunas de su historia reciente. Apenas conocemos un puñado de pasajes donde desdichas y separaciones imperan: la disolución de su banda de jazz, la pérdida de Ruth, su compañera. Tras deambular en completo estado de ebriedad por las calles de Nueva York, ingresa a un manicomio municipal, mezcla de hospital y cárcel, donde conoce a quienes serán sus compañeros: Garry, un chico que vive en un mundo de leyendas e invenciones, siempre ajeno a la realidad de su miseria y de su crimen; el viejo marinero Kalowsky, víctima de un hermano que lo ha internado para sacárselo de encima, suerte de padre sustituto que jamás dejó de buscar en vida el propio Malcolm Lowry; y Battle, un negro mitad ingenuo mitad peligroso, un chiflado en estado de pureza casi angélica.

Allí, Plantagenet vivirá las miserias propias de un psiquiátrico de la primera mitad del siglo XX: entorno insalubre,

incomprensión médica, enfermeras impiadosas, pacientes en lamentables estados físicos y psicológicos. Pero también advertirá cómo el amor y la compasión afloran: “Muchos de los que aquí se consideran locos –dice– son simplemente personas que quizás un día intuyeron, si bien de un modo confuso, la necesidad de cambiar, de *renacer*.”

En ese “modo confuso” está la clave de la piedad y grandeza del protagonista. Algo en el mecanismo de implementación de esa necesidad de cambio falla en estos hombres desahuciados y se produce un deslizamiento, un matiz que para la ciencia de entonces es una patología. Plantagenet se enfrenta al doctor Claggart, encarnación del orden a través de la psiquiatría, y se revela ante la condición de *normalidad* con la que la sociedad adocena a los individuos para construirse a sí misma.

Plantagenet es una más de las transposiciones que Malcolm Lowry hizo de su propia persona. De hecho, el libro está parcialmente basado en la experiencia de su paso por el legendario Bellevue Hospital de Nueva York. Al igual que Geoffrey Firmin de *Bajo el volcán* o que Sigbjørn Wilderness de *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, Plantagenet es un alcohólico autocondenado, cínico consigo mismo, convencido de que “el camino del exceso conduce al Palacio de la Sabiduría”. Un palacio que (él lo sabe y hacia allá se dirige a toda prisa) también es una tumba.

La prosa de Lowry brilla por su lirismo magnético, casi religioso, y por su alucinatoria manera de representar la realidad perceptiva de un hombre atormentado. Como el ex cónsul de *Bajo el volcán*, Plantagenet compone su realidad de una manera escalofriante y casi psicodélica. A él acudirán visiones esperpénticas como cristalización de un poderoso sentimiento de culpa, del que no puede escapar; caleidoscópicos paisajes donde se mezclan el pasado y las pesadillas en un *collage* de intensidad casi insoportable. Esto, junto con la oscura y accidentada vida del autor, ha permitido confundir a Lowry con un escritor maldito. Una etiqueta tan injusta

como inexacta. Más que un maldito, Lowry es un místico. La tensión de su escritura acontece luego de una suerte de transverberación teresiana; un éxtasis sin duda alcanzado tras consagrarse a la palabra como única e inestable salvación.

A pesar de tratarse de una novela (o cuento) publicada sin la aprobación de su autor, *Piedra infernal* no puede considerarse una treta editorial o la acción desesperada de una viuda por publicar los textos inéditos de su marido. Si bien Lowry nunca la publicó en vida, al leerla encontraremos nuevamente lo mejor de este genial escritor, cuya vida autodestructiva fue a la vez una voluntad y un destino, pero sobre todo el germen de una obra refinada, de enorme plasticidad y honestidad poética. —

— GUSTAVO VALLE

ENSAYO

Posada y el Porfiriato



Rafael Barajas Durán
(el Figón)
Posada / Mito y mitote / La caricatura política de José Guadalupe Posada y Manuel Alfonso Manilla
México, FCE, 2009,
548 pp.

La idea rectora de este largo ensayo sobre la caricatura política de José Guadalupe Posada —y un poco menos de Alfonso Manilla— es que, lejos de ser un artista precursor de la Revolución mexicana, o su contraparte: un artesano conservador y acomodaticio, este gigante del mundo del grabado vernáculo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX fue un magnífico intérprete del “sentir popular” y un coherente liberal, “jacobino con preocupaciones sociales”, preclaro representante de los intereses de la clase obrera porfiriana.

Partiendo de la propuesta de revisar “las claves del pensamiento político-social” de Posada, el autor cuestiona su condición revolucionaria, lanzada al aire de manera un tanto tendenciosa por Diego Rivera, Leopoldo Méndez,

Frances Toor y demás panegiristas del legendario grabador, descubiertos por aquella generación de artistas posrevolucionarios. Dichos miembros del nacionalismo cultural mexicano de los años veinte y treinta fueron los responsables de convertirlo en uno de los grandes mitos del arte mexicano a partir de entonces: Posada fue considerado por ellos como un padre intelectual y artístico, debido a su supuesto compromiso con las causas revolucionarias. Méndez lo presentó testimoniando la represión de los gendarmes de Porfirio Díaz al pueblo mexicano, a través de la ventana de un taller en el que Ricardo Flores Magón y Lázaro Gutiérrez de Lara preparan algún manifiesto revolucionario. Y en el célebre mural *Un domingo en la Alameda*, Diego Rivera lo retrató claramente como figura paterna, de bombín y bastón, del brazo de la muy famosa calavera catrina.

Como bien prueba Rafael Barajas Durán (*el Fisgón*) a lo largo de su libro, el grabador fue bastante ajeno a los postulados anarcosindicalistas de los hermanos Flores Magón, se mostró claramente antirrevolucionario y manifestó

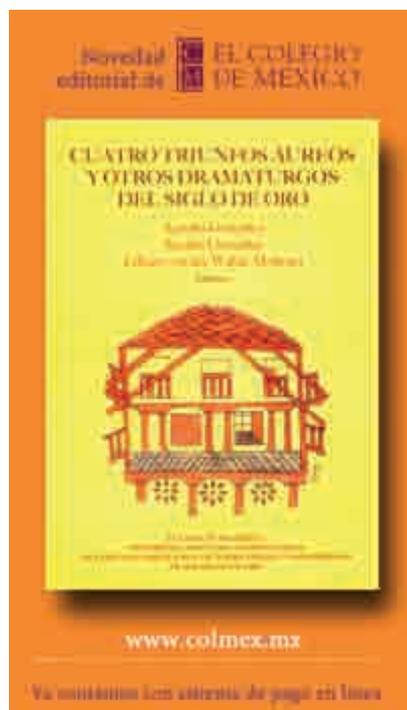
una lealtad casi personal hacia Porfirio Díaz. Figura de su tiempo, Posada aparece muy bien retratado en este texto como un personaje contradictorio, que se posiciona ante los acontecimientos políticos conforme a su propia conciencia de artesano de provincia, vecindado en una ciudad de México porfiriana, con sus pasiones, sus miedos, sus críticas, sus alianzas, sus afinidades y, en fin, como cualquier ser humano determinado por su tiempo y su espacio. A través de una puntual revisión de su trayectoria, desde su natal Aguascalientes, su paso por León, Guanajuato, y sus lamentables vivencias relacionadas con la inundación de 1888, hasta su arribo a la capital del país, este obrero del buril, la piedra y la tinta adquiere en este texto una dimensión que, en efecto, rompe con el mito para tratar de encontrar al hombre, al artista popular.

Los cinco apartados de este extendido ensayo llevan al lector-mirón desde los primeros grabados políticos del joven Posada, aparecidos en *El Jicote* de su natal Aguascalientes en 1871, hasta sus últimos dibujos antimaderistas y prohuertistas, aparecidos en *Gil Blas* o en las célebres hojas volantes de la imprenta de Vanegas Arroyo, poco antes de su muerte en 1913. En medio de este largo camino el autor se detiene muy brevemente en León, ya que ahí Posada realizó pocos grabados con carga política y muchos retratos sociales y costumbristas, para después seguirse al análisis y la presentación de *la prensa de a centavo*, en la que Posada tuvo una destacadísima presencia a partir de su llegada a la ciudad de México a fines de 1888. En un primer momento trabaja para Ireneo Paz en sus porfirianas revistas *La Patria Ilustrada* y *Revista de México*. Pero más bien fueron *La Gaceta Callejera*, *Gil Blas*, *La Risa del Popular*, *El Fandango*, *La Casera*, *El Valedor del Pueblo*, *La Guacamaya*, los múltiples *Diablitos* y sobre todo las ya mencionadas y espléndidas hojas sueltas de los clásicos impresores del Porfiriato tardío los medios que permitieron que Posada llegara a convertirse en una figura trascendental del arte popular mexicano hasta nuestros

días. En esos medios quedó clara su simpatía por el caudillismo de Porfirio Díaz, su admiración por Juárez y los restauradores de la república y desde luego su antipatía por la violencia y las revueltas organizadas contra el régimen después de 1910.

La identificación de múltiples objetos de crítica, que van desde los clásicos villanos: patrones explotadores, extranjeros, caciques, políticos acomodaticios, curas, etcétera, hasta ciertas xenofobias, sexismos y homofobias indican su inserción en un mundo urbano que también estuvo regido por un discurso moralista, nacionalista y machín. Posada, de esa manera, fue un gran traductor del “sentir popular”, como bien lo dice *el Fisgón*, pero también fue un reflejo de cierto pensamiento que se podría identificar como “clasesmediero” venido a menos y, ¿por qué no decirlo?, conservador. Como puede ser evidente hasta hoy, este conservadurismo ha encontrado un particular arraigo en ese México en constante crisis que habitan ciertos sectores urbanos reaccionarios y resistentes al cambio, sean estos obreros, comerciantes o pequeños propietarios. Posada mismo perteneció a esos sectores que desde perspectivas distintas ya han sido estudiados, precisamente durante el período que abarca esta especie de biografía política, por Carlos Illades, Pablo Piccato y Elisa Speckman, entre otros. Tal vez si el autor se hubiera asomado a alguno de estos trabajos su mirada sobre la sociedad porfiriana que arropó a Posada hubiera sido un poco menos esquemática y más histórica. De cualquier manera, el análisis de los contenidos políticos del grabador no sufre merma alguna por esta debilidad de historiador.

Posada era un artesano, un trabajador con cierto nivel de educación y posición social que poco a poco fue perdiendo oportunidades de salir adelante y a quien las propias condiciones de ese sector urbano golpeado por las distintas crisis del Porfiriato tardío lo fueron orillando a la pobreza y a la reacción, como a muchos otros congéneres. Algunos



se unieron al reyismo, al maderismo, al magonismo, al zapatismo o al villismo. Otros se quedaron aferrados a sus valores y a sus exiguas y muy remotas oportunidades de salir adelante. Tal vez esto sea un poco difícil de aceptar para quien cree en la bondad y la clarividencia del pueblo.

Reconozco que no acabé de entender por qué en el título de este magnífico libro la palabra “mito” se acompaña por el sustantivo “mitote”. Sin embargo al final estuve de acuerdo en que lejos de la propia figura del grabador, de su historia y de sus innegables logros como intérprete y traductor de la sociedad del Porfiriato tardío, fueron los “mitotes” que armaron aquellos santones del medio artístico posrevolucionario los que quedaron inmersos en el discurso oficial y en no pocos tratados sobre el arte mexicano del siglo XX.

A partir de la propuesta que permea prácticamente cada hoja de este libro puede empezarse a hacer una muy personal y popular historia de Posada. Los pasos dados por Rafael Barajas Durán son, no cabe duda, de singular importancia. Ahora falta ver los demás aspectos de su vida y obra, aquellos que no responden a una postura política sino más bien a una posición ante la vida en general. Estoy seguro de que en esa tesitura todavía queda mucho que decir sobre Posada y su extraordinaria contribución al arte mexicano. —

— RICARDO PÉREZ MONTFORT

POESÍA

Se llaman acumulaciones



Maricela Guerrero
Se llaman nebulosas
México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010, 76 pp.

Se llaman nebulosas, el más reciente libro de Maricela Guerrero, gira, temáticamente, en torno a la figura del hijo: de su concepción

a sus primeros meses. Pero lejos de sentimentalismos fáciles, Guerrero propone, ante todo, una escritura renovadora. Una escritura formalmente audaz, a la vez que desparpajadamente conmovedora, divertida, refrescante. Capaz de referirse al hijo que logró, pese a diafragmas y medidas preventivas, alojarse en el vientre materno como “hijo okupa/ hijo paracaidista”. O entonar dulcemente una nana rarísima y posmoderna, casi como para arrullar marcianos: “Duérmete mi niño/ y cabalga galaxias...”

Acumulaciones: las materias con que estos poemas se construyen provienen de los sitios más dispares: letras de canciones, cultura pop, literatura latina, frases coloquiales, poesía contemporánea, programas televisivos. Materiales disímbolos que vienen cargados de su historia. Una historia que Guerrero enriquece al hacerla pasar por la propia historia personal, o más precisamente, por la escritura de esa historia: acumulaciones de significación.

Acumulaciones: la fuerza poética de *Se llaman nebulosas* se tensa entre la experimentación formal y la revelación lírica: entre el proyecto de una escritura programática heredera de las vanguardias y la apertura, muy antigua, a eso que seguimos llamando, a falta de mejor nombre, inspiración. Sin ser necesariamente excluyentes, estas posturas ante la escritura poética suelen darse por separado pues, de algún modo, obedecen a concepciones distintas de lo que es o debe ser un poema. En el caso de Guerrero, ambas parecen coincidir, felizmente, en un mismo impulso escritural. El elemento que permite esta coincidencia radica en el tono un tanto desenfadado de su escritura: un tono que al no tomarse tan en serio relativiza, como consecuencia, la solemnidad y la rigidez que toda postura implica.

Acumulaciones: pero no solo las posturas poéticas son relativizadas, sino que incluso la escritura misma del poema es puesta en entredicho. Escribe Guerrero en el poema que abre el libro:

Un día de estos, hijo,
caerá el poema redondo:
[concauidad y orilla,
de un golpe seco:
ramalazo
como tú y tu padre:
principios y acumulaciones.

El poema se convierte entonces en la espera del poema: en el aviso de un poema futuro: vaticinio o programa. Su concreción, su caída, es pospuesta de manera indefinida pero también próxima: un día de estos. Ramalazo o un golpe inspirado. Se trata, en verdad, de una escritura en proceso: una gestación. Una “gestación por acumulaciones” para decirlo en sus propios términos.

Acumulaciones: el concepto clave que propone Guerrero es justamente ese: el de “acumulaciones”. La acumulación como estrategia de escritura (“Un poema es una acumulación que se distiende...”), pero también como el proceso de gestación del hijo (“Hijo:/ Palabras mil, aguas mil, para que te formases...”). La identificación entre la figura del hijo y la posibilidad del poema se hace patente, sobre todo, en las primeras páginas abocadas a los procesos de gestación. El poema es como un hijo y el hijo es como un poema. Pero llega un momento en que el hijo nace. Y, por su parte, el poema pospuesto parece, finalmente, y por el peso de sus acumulaciones, caer redondo, o más bien estallar. Tal es el caso de “Furias”: uno de mis momentos preferidos y que con gusto transcribiría aquí si hubiera espacio suficiente.

Acumulaciones: no hay nada estable en *Se llaman nebulosas*. Son poemas en constante mutación, es decir, en una imparable gestación siempre a punto de convertirse en otra cosa. Incluso esos momentos en que la escritura parece concretarse en un poema redondo, incluso esos momentos son desmontados en las páginas siguientes y sus fragmentos son reincorporados a una incesante escritura, siempre en proceso.

Esta transformación constante acontece, paradójicamente, dentro de

una estructura programática, serial, apoyada en un juego de repeticiones y derivaciones que por momentos remiten a *Hospital Británico* de Héctor Viel Temperley. Ahora bien, las repeticiones aquí funcionan tanto por acumulación como por insistencia. Palabras y frases se repiten, una y otra vez a lo largo del libro, pero una y otra vez cambian de significado. O más bien: cada vez adquieren un nuevo significado. Se va creando así un vocabulario acotado pero de significación inestable. Cada poema parece dictar su propio glosario de términos y hay algunos que, literalmente, se constituyen como tales en un juego de definiciones y redefiniciones.

Así, por ejemplo, la frase que da título al libro, “se llaman nebulosas”, es una frase que cruza varios umbrales de significación. En cuanto título, podría sugerir como nebulosas los poemas que componen el libro: acumulaciones de polvo y gas que podrían o no concretarse en estrellas. Más adelante, ya bien avanzado el libro, un médico explica a los padres que aquellas manchas que se pueden observar en la placa de rayos X del hijo enfermo, se llaman nebulosas: flemas congestionando los pulmones. En el paso de la frase de la jerga médica al poema se revela su cualidad poética anterior al poema. Una cualidad poética velada bajo la frialdad de la terminología clínica: una metáfora tomada de los cuerpos celestes para denominar un padecimiento del cuerpo humano: la imagen macrocosmos para describir la imagen del microcosmos. Pero, ya lo dije antes, aquí toda significación es inestable, y lo que era metáfora de una cosa, al poema siguiente lo es ya de otra: “Nebulosas: enjambres de enfermeras alrededor de tu cama: agujones, sustancias; pacientitos en bandada nebulizables, canalizables...”

Se llaman acumulaciones: ¿Cuántos libros como este son necesarios en un momento dado para decir que la poesía pasa por un momento extraordinario? ¿Se llaman nebulosas es hijo de su momento? ¿Se llaman nebulosas concibe, gesta, inventa su propio momento? Libros como este se llaman excepciones. —

— LUIS FELIPE FABRE

CIENCIA

La historia, a revisión



Ruy Pérez Tamayo
(coord.)
Historia de la ciencia en México
México, FCE/
Conaculta,
“Biblioteca Mexicana”, 2010,
304 pp.

Conforme nos adentramos en el siglo XXI miramos con mayor amplitud el pasado que nos define. El legado de ideas plasmadas en documentos y lienzos, en piedras de castillos, iglesias y edificios públicos, en las cárceles y los hospitales, por incompleto que nos parezca o realmente lo sea, adquirió una sinergia tal con las herramientas intelectuales desarrolladas en los últimos 350 años que hoy en día es posible llevar a cabo una revisión más profunda de la aventura por el conocimiento, en este caso en Mesoamérica.

Un magnífico ejemplo de esta capacidad de síntesis en cuanto a las ideas y los factores sociales y naturales que verdaderamente explican cómo surgió el conocimiento de corte científico en nuestro país es la reciente compilación llevada a cabo por Ruy Pérez Tamayo. Desde el prólogo Ruy plantea un asunto crucial para quienes se sientan atraídos por la reconstrucción histórica y, en general, para cualquier lector curioso: ¿podemos hablar de una ciencia precolombina?

Vale la pena deslindar actividades diferentes, como son, por un lado, la búsqueda de explicaciones mediante los criterios de la ciencia, y, por otro, la necesidad de inventar artefactos para lidiar con la realidad, más bien hostil y muchas veces impredecible. Este libro, pues, solo se plantea rastrear, acotar y, felizmente, ofrecer hipótesis factibles acerca de las posibles ideas y descubrimientos científicos a lo largo de nuestra historia y no de la tecnología.

Entonces, ¿existió una ciencia antes de la conquista europea? Pérez Tamayo recurrió al sabio de esos menesteres,

Alfredo López Austin, quien lo alertó sobre la inutilidad de buscar algo parecido a un pensamiento escéptico, experimental y cuantitativo en Mesoamérica durante esos años. En efecto, sería absurdo pensar que en un mundo donde la verdad es revelada por la divinidad o, en su defecto, buscada por el sacerdote con un método animista y prelógico, pudiera haber una búsqueda de la verdad “verificada” mediante razonamientos científicos.

Sin embargo, tampoco es descabellado hablar de una protociencia, esto es, del hecho que conlleva el irrefrenable impulso humano de conocer, por muy desconectado que esté de sus intenciones primarias y conscientes. La necesidad de inventar, la cual condujo a concebir técnicas diversas (en la agricultura, la minería, etc.), implica el deseo de conocer para encontrar mejores formas de adaptarse al medio. Dicho de otra manera, existe un número razonable de posibilidades de que, con el tiempo, los mesoamericanos hubiesen descubierto el pensamiento escéptico a la manera de Bacon.

Pérez Tamayo, no solo un notable científico sino alguien comprometido con la divulgación de la ciencia, ideó este libro de una manera que puede leerse con fluidez, pues consiguió que sus colaboradores bordaran sobre el tejido imperfecto de las ciencias que ya desde el siglo XVI comenzaron a aparecer en el paisaje colonial, prosiguieron durante la gesta de independencia y se desarrollan con cierta coherencia en el México actual.

Así, el prestigiado historiador y especialista en ciencia y tecnología Elías Trabulse nos hace un recuento de los elementos externos y del ritmo interno que, en su conjunto y de maneras a veces insospechadas, contribuyeron a un desarrollo más o menos veloz de las ideas y descubrimientos científicos en la Nueva España, en el periodo de 1521 a 1810.

Ejemplo emblemático es el Herbario de la Cruz-Badiano, pues se trata de uno de los más elocuentes casos de protociencia en la América anterior a la

Conquista española. Por un lado es un tratado de farmacología y botánica y por otro muchas de sus curaciones se basan en hechicerías y encantamientos. Ahora bien, ¿de qué manera se incorporaron en el mundo precolombino las ideas científicas? Trábulse nos ilustra. Ni el Herbario de la Cruz-Badiano ni la célebre obra de Sahagún y sus informantes indígenas se conocieron públicamente sino hasta después de la Independencia. Fue gracias a la obra del facultativo sevillano Nicolás Monardes que se difundió la farmacopea indígena para su uso entre los médicos europeos. Como es bien sabido ahora, en cierto tipo de padecimientos los nahuas demostraron que dominaban una protociencia médica, más allá de hechicerías y encantamientos, y sus remedios eran mejores que los empleados en Europa.

Un ensayo de gran valor es el de Carlos Viesca y José Sanfilippo, ambos expertos en historia y filosofía de la medicina de la UNAM. Según nos dice Ruy en su prólogo, su texto está basado en la investigación sobre fuentes directas, las cuales forman parte del acervo universitario. Desde un principio los autores advierten al lector sobre el inevitable traslape de personas y acontecimientos cuando se descende y se propone uno detallar el devenir de la historia. Hay, sin duda, continuidades en la comunicación de las ideas y descubrimientos de las ciencias. Pero también cadenas rotas y eslabones engarzados por otras razones (comerciales, militares, políticas).

Para exponer precisamente la relación entre la política y la difusión de las ciencias en México de 1850 a 1911 Pérez Tamayo invitó a otro especialista, Juan José Saldaña, fundador y director del Seminario de Historia de la Ciencia y la Tecnología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, quien nos recuerda que desde entonces había una fuerte corriente de pensamiento liberal, bajo el cual se creía a pies juntillas que el conocimiento de las ciencias y las aplicaciones técnicas debía ser en México un elemento decisivo en la gobernabilidad del país.

Finalmente, es el mismo Ruy Pérez Tamayo quien nos ofrece un claro panorama de lo sucedido desde 1950 hasta nuestros días. El ritmo interior de las ciencias (campo que él conoce bien y del que ha sido un importante promotor) adquirió histamina en todo el mundo civilizado, sobre todo después de la Segunda Guerra, y México no pudo escaparse al aluvión. Gracias a la tradición ilustrada, liberal y democrática, el pensamiento escéptico, fáctico, en el que no se piensa en una naturaleza de premios y castigos sino solo de consecuencias, encontró aquí un espacio de expresión genuina y creativa que, no obstante, aún ahora lucha por su sobrevivencia. —

— CARLOS CHIMAL

ENSAYO

Un melancólico en la época neoliberal



Luis Ignacio Helguera
De cómo no fui el hombre de la década y otras decepciones
México, Tumbona Ediciones, 2010, 143 pp.

“¿Por qué son melancólicos los hombres que se distinguen en la filosofía, en la vida pública, en la poesía y en las artes, al grado de que algunos entre ellos sufren el morbo que viene de la bilis negra?”, se pregunta Aristóteles en el inicio del famoso *Problema XXX*. Luis Ignacio Helguera retoma sus palabras en este libro, principalmente porque su obra es una exploración del cuestionamiento aristotélico, así como fruto inevitable del mismo.

De cómo no fui el hombre de la década y otras decepciones es la compilación de veintitrés textos misceláneos que gente cercana a Helguera rescató de diversas publicaciones periódicas después de su muerte. Cumple con el último proyecto de su autor, quien dejara entre sus papeles un índice tentativo que guió la búsqueda hemerográfica de los edito-

res. El resultado es un libro dividido en dos partes: “Escritura a pie”, donde un personaje tan lúcido como desencantado diserta en torno a temas cotidianos y en apariencia triviales; y “Reflexiones sobre lectura y escritura”, en la que ese mismo personaje comenta sus gustos y aficiones artísticas. Al volumen lo completan un prólogo y un epílogo —de Fabio Morábito y Ricardo Cayuela Gally, respectivamente— que coinciden en calificar a Helguera como un escritor que “vivió absolutamente insatisfecho”. Esta incapacidad para soportar la existencia es el eje de tan variado título, así como su particular postura ante la relación genio-melancolía.

No exagero al sugerir que este libro es la crónica del escritor en una época neoliberal, y nace del reacomodo que sufrió la esfera artística durante el primer tardío. Redactados con la urgencia de la fecha de cierre editorial en tiempos de “alternancia”, sus apuntes sobre las dependencias gubernamentales —“Mi periplo financiado por el Instituto de Cultura”—, así como los de sus roces con el Poder —“Nos invitó Fox a comer en Oaxaca (mole frío)”—, entre otros textos de autoescarnio, dibujan a un escritor marginal e inestable. Hilarantes resultan el gobelino belga y el mobiliario aristocrático que decora su itinerante residencia, porque contrastan con sus fallidas lecturas de poesía en un mercado, sus humillantes trámites burocráticos y el desdén que para él y sus colegas tiene el presidente de la república. Entonces parece que este personaje minúsculo y prescindible solo puede abordar problemas que correspondan a su estatura: “De los libros prestados”, “De las mudanzas”, “¿Qué hacer con los domingos?”, “Breve loa al morbo del mal gusto” y “Bagatelas” similares conforman por mucho lo mejor del libro. Son ensayos breves, de estirpe inglesa, en los que la mirada aguda del narrador extrae de lo banal una insospechada y humorística trascendencia. Pero simultáneamente, esa postura exógena parece distanciarlo de un centro inalcanzable donde habita una obsesión: me refiero al anhelo de ser reconocido, de alcanzar el éxito.

LIBROS

Aristóteles respondía a su propia pregunta diciendo que los melancólicos eran hombres excepcionales porque la bilis negra les provocaba un estado alterado de conciencia propicio para la creación, una locura genial. A esta tradición se adscribe Helguera, principalmente en la sección "Divagaciones sobre leer y escribir", donde procura retratar personajes "raros" por los que experimenta una profunda simpatía: Pedro F. Miret, el ajedrecista Carlos Torre, Lushin (personaje de Nabokov) y el doctor P. (personaje de Oliver Sacks). Pero la melancolía mana al mismo tiempo de otra fuente: de la profunda decepción de no poder ser el hombre de la década. Esta carencia origina la infelicidad del narrador, se corresponde con la perpetua insatisfacción que señalan los textos que enmarcan el libro. El ensayo que inaugura el tomo y que justamente lo bautiza, ejemplifica lo

anterior de forma por demás elocuente. El protagonista recibe una carta donde se le dice que aparecerá en el libro *The most admired man of the decade*, pero pronto descubre que es una estafa: la editorial solo quiere venderle sus ejemplares a un precio prohibitivo. Y aunque "en el fondo de nuestro ser alimentamos la ilusión de que nuestro trabajo es valioso, nuestra capacidad digna de aplauso, nuestro talento irremplazable [y] merecedor todo esto de reconocimiento", el personaje nunca alcanza ese reconocimiento. Al final no envía el cheque a la editorial pero sí recomienda a otro escritor para que sea incluido en tan egregia publicación, un autor que sí cuenta con amplio reconocimiento y que, además, ocupa el escalafón social que el narrador anhela: Miguel Ángel Cornejo, "ese señor... tan notable, fracasado mental que ha alcanzado el éxito, único mediocre

nato que jura enemistad a muerte con la mediocridad".

A Luis Ignacio Helguera le precede la leyenda de su biografía, que he decidido omitir aquí. Su muerte prematura, así como su precoz genialidad y alcoholismo, dibujan una silueta que se alimenta de sus escritos, subordinándolos en ocasiones a su propia vida. En su ensayo "De las mudanzas", dice: "En mi departamento hay un clóset que guarda recuerdos, donde está mi archivo personal, y es un verdadero caos. Presiento que si lo arreglo y lo pongo todo en orden moriré, como si redactara mi testamento." Este libro es su testamento, a la vez que el ordenamiento de ese caos. Es su segunda muerte, tanto como la revelación del archivo: testimonio del fracaso de un artista en la era del nuevo liberalismo. —

— GUILLERMO ESPINOSA ESTRADA



Una década de inteligencia y cultura en su casa

+ COLECCIÓN COMPLETA DE LETRAS LIBRES
(DEL NÚMERO 1 AL 120)

+ ÍNDICE DE AUTORES

+ 10 ARCHIVEROS

letraslibres.com

\$2,500 MÁS GASTOS
DE ENVÍO pesos

TEL: 9183-7822

FAX: 9183-7836

